

## **EL MEDIO HOMBRE SEMI BESTIA**

EL MUNDO 29/11/1993

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

CERCA de un millón de personas han manifestado su malestar ante la inseguridad laboral y la desigualdad de oportunidades educativas. Como procesiones de rogativa, estas marchas cívicas intentan hacer propicios a los dioses sesteantes en el Olimpo del Estado. A quienes esperan despertar de su frívola indolencia con sonoras preces de sumisión y veladas amenazas de huelga general. Después de cinco años de lo mismo, se reproduce el decembrismo del 88. Con una sustancial diferencia. El poder está ahora en el Laberinto de Maastricht. Y el Minotauro europeo exige que se le sacrifique una cuota anual de adolescencia y de vejez. Los dioses españoles no tienen ya los atributos de entonces. Y temen más al monstruo monetario encerrado en el Laberinto que a la rebelión de los mortales bajo su pastoreo. Los líderes sindicales aún no saben que solo una alternativa de poder (Teseo) podrá matar al medio hombre y medio bestia de Maastricht. Tampoco lo saben los que, desde los mandos del Estado y la sociedad civil, temen y se pronuncian contra las manifestaciones en tiempos de crisis. ¡Como si sólo fueran oportunas cuando no son necesarias! La manifestación es una forma popular de participación en lo público que se condena al fracaso político si triunfa como expresión de un derecho constitucional. Mayo del 68 es elocuente. Basta convocar elecciones, o sea, dispersar en votos personales la concentrada voluntad de cambio, expresada en manifestaciones triunfantes, para sacar de las urnas una voluntad de permanencia o de reacción. Las manifestaciones que consiguieron modificar el equilibrio del Estado canalizaron, hacia fines ilegales, el temor a las masas. La marcha de las mujeres a Versalles (1789) y la marcha sobre Roma (1922) allanaron el camino de la Revolución y del fascismo. De estos célebres acontecimientos proviene el miedo de la memoria histórica a las concentraciones de masas urbanas. Pero el temor a las masas en marcha nunca ha sido, por sí solo, artífice del cambio. Ha de unirse, para eso, a una alternativa de poder dentro del sistema y fuera del régimen. Como ocurrió en Versalles y Roma. Que se apoyaron, doblegándola, en la voluntad del Rey. La prevención contra las manifestaciones es ridícula cuando, como en España, la Jefatura del Estado de partidos se integra en el régimen de poder. La causa de la manifestación no es, como se cree, la protesta que expresa contra el Gobierno, sino la falta de representación política del malestar social. La «democracia de manifestaciones», como complemento de la electoral, carece de sentido. No, como se ha dicho, porque los manifestantes sean una fracción reducida del pueblo (esto también sucede con la mayoría simple en relación con el censo electoral), sino por la incompatibilidad entre manifestación representativa y representación política. Mayo francés y 14-D español demuestran que la lógica de las manifestaciones de la sociedad civil difiere de la lógica de las representaciones de la sociedad política. No son complementarias porque son divergentes. Una tiende a resolver problemas. Otra, a repartir poder. Las manifestaciones públicas son impresionantes no tanto por el mal social que denuncian, eso se sabe hoy por otros medios informativos, como por la disparidad que revelan entre la potencia del movimiento y la impotencia de su representación. Lo que empuja a manifestarse, lo que ponen de manifiesto las grandes marchas ciudadanas es la inadecuación del régimen político al sistema social. Incorregible, mientras siga viviendo la semibestia del Laberinto y medio hombre maastriquense, que se nutre de los sacrificios humanos que le tributa el Estado de partidos europeos.